

ron una comision al Parlamento para exponer sus deseos. Los Lores les dieron una respuesta favorable; en cambio los Comunes hicieron notar en tono bastante áspero que nadie tenía derecho á dar instrucciones al Parlamento, y al mismo tiempo se pusieron de acuerdo con la City á fin de obtener el dinero suficiente para pagar los sueldos atrasados.

Cierto número de oficiales se prestaron á ir á Irlanda, pero la mayoría permanecieron firmes en sus propósitos y en breve se propagó el movimiento á los soldados. Se puso en circulación una nueva petición mas enérgica que la anterior y fué entregada á Tomás Fairfax con la súplica de que la trasmitiese al Parlamento. El Parlamento manifestó el día 30 de marzo su alto desagrado; declaró que consideraría como «enemigos del Estado y perturbadores de la paz pública» á todos los que procurasen la circulación de la petición, y prohibió á Fairfax que le diera curso. Este obedeció y llevó consigo al cuartel general algunos comisarios del Parlamento para discutir y ver de resolver la cuestion. La mayoría presbiteriana del Parlamento creía aun que podría alcanzar el triunfo contra sus odiados adversarios; y mostrándose Skippon dispuesto á aceptar el mando de Irlanda, resolvió proceder á la disolucion del ejército y separó del comité de la milicia de la ciudad al alderman Pennington y á otros independientes.

Entre tanto había aumentado el descontento en el ejército, y el 27 de abril fué entregada á los Comunes una petición en la que ciento cuarenta y un oficiales, entre los cuales había un teniente general y siete coroneles, se justificaban ante sus compañeros de armas del voto ofensivo del 30 de marzo. «Esperamos, decian, que como soldados no hemos perdido nuestros derechos de ciudadanos y que no nos ha sido arrebatada nuestra libertad mientras luchábamos por la libertad de nuestros hermanos.» El día 30 entregó Skippon á los Comunes una carta de análogo contenido que como á Fairfax y Cromwell le había sido entregada por tres soldados en nombre de ocho escuadrones de caballería. Los soldados amenazaban al Parlamento con no prestarle obediencia en el caso de que se les mandara á Irlanda sin haberse dado satisfacción á sus deseos. Aquellos soldados se daban por «agentes» de sus regimientos, y aunque se negaban á dar aclaraciones, se mostraban dispuestos á transmitir proposiciones escritas á sus mandantes. Los agentes ó representantes de los soldados, juntamente con los oficiales, formaron una especie de Parlamento militar que se puso frente á frente de las dos Cámaras de Westminster.

Los jefes de los presbiterianos se mostraron intranquilos y algunos de ellos querian hacer prender á los tres agentes, pero un independiente de buen humor les dijo que no tendrían ningun inconveniente en someterse á prision con tal que les dieran por cárcel la mejor fonda de la ciudad y se les tratara con toda consideracion. Despues de largos debates se acordó que no se hiciera daño alguno á los tres soldados y se nombró á Skippon, Cromwell, Ireton y Fleetwood como mediadores entre el Parlamento y el ejército.

Los enemigos de Cromwell pretendían que él sostenía el espíritu inquieto del ejército, mientras que él sostenía que era el mas fiel servidor del Parlamento. De qué parte estaban sus simpatías, no era difícil saberlo al observador imparcial. De los presbiterianos no tenía nada bueno que esperar: «Esta gente, dijo una vez en voz baja á Edmundo Ludlow, no parará hasta que los soldados les cojan de las orejas y les pongan en la calle.»

Poco tiempo duró la esperanza de que las negociaciones que él y sus compañeros querian entablar con el ejército diesen buenos resultados, pues las concesiones que el Parlamento estaba dispuesto á hacer respecto de los sueldos atra-

sados y de la indemnidad no bastaban á satisfacer al ejército. Por el contrario, la noticia de que los regimientos de infantería debían ser disueltos en un plazo cercano, aumentó la exasperacion de los soldados y oficiales, los cuales pidieron á Fairfax que les señalara un punto de reunion, porque no querían separarse hasta haber obtenido satisfaccion. Fairfax les indicó el bosque de Ketford, cerca de Newmarket. Allí oficiales y soldados de trece regimientos se obligaron á no separarse hasta que hubiesen obtenido satisfaccion.

En estos mismos dias cayó el rey en poder de los soldados. Durante su permanencia en Holmby había entablado activas negociaciones con los presbiterianos, cuyos principales jefes dentro y fuera del Parlamento, así como el embajador de Francia y los escoceses residentes en Lóndres, trataban de restablecer la buena inteligencia con el monarca. Ya habían determinado los Lores que el rey se acercara mas á Lóndres, y había quien le aconsejaba que fuera él mismo allí, se pusiera bajo la proteccion del Lord corregidor y se presentase sin temor ante el Parlamento. La burguesía no inspiraba recelo alguno y además la ciudad se hallaba llena de realistas que se habían refugiado allí al concluir la guerra; por lo tanto podía esperarse que una vez el rey en Whitehall y en inteligencia con los presbiterianos, los independientes serían vencidos con facilidad en el ejército y en el Parlamento.

Para los independientes era pues ya tiempo de estorbar tales planes, y así fué que el día 3 de junio llegó el alférez Joyce, al parecer en connivencia con Cromwell, al parque de Holmby con tropa de caballería. Durante el día estuvo hablando con los azorados comisarios del Parlamento y la misma noche pidió audiencia al rey al cual declaró que había ido para acompañarle al ejército. A la mañana siguiente le repitió la orden de que le siguiera. «¿Dónde están vuestros poderes?», le preguntó el rey. «Detrás de mí», contestó Joyce señalando su escolta. «Debe reconocerse, dijo Carlos, que los poderes están escritos en caracteres inteligibles; nunca en mi vida había visto una compañía de gente tan adornada.» Pareció hallarse contento con estar bajo la proteccion de los soldados, los cuales le prometieron no exigirle nada que fuese contra su honor ó su conciencia. No había que contar con que nadie se opusiera á su marcha, pues la guarnicion del castillo se hallaba acorde con sus compañeros. Los comisarios protestaron; pero tanto ellos como el rey fueron colocados en medio de la tropa para ser conducidos á Newmarket, en cuyos alrededores se hallaba el cuartel general. En el camino alcanzó á Joyce el coronel Whalley, primo de Cromwell, quien llevaba la comision de hacer regresar al rey á Holmby, pero el rey mostró el deseo de continuar su camino. Dos días despues se le presentaron Fairfax, Cromwell, Ireton, Lambert y otros altos oficiales, asegurándole Fairfax que ningun conocimiento había tenido de aquella expedicion y exigió explicaciones de Joyce. Este se excusó en la voluntad del ejército sin nombrar á nadie y fué puesto en libertad.

Los miembros presbiterianos del Parlamento no podían salir de su asombro ante tamaño suceso; por un momento pensaron arrestar á Cromwell, pero éste se les escapó y en cambio el rey, con el cual habían querido hacer un convenio, se hallaba en poder de sus enemigos. Cada día temían que el ejército se presentase á las puertas de la ciudad, y se prepararon en silencio para la resistencia, aunque en público se presentaban muy conciliadores. Se borró de los protocolos la declaracion del 30 de marzo que había ofendido la dignidad del ejército, esperando que Fairfax se decidiera á entregar el rey, para que éste pudiese decidirse con toda libertad respecto de la conclusion de un convenio con ambas

Cámaras. Pero aunque Fairfax hubiese querido obedecer no hubiera podido obtener nada de los soldados y oficiales. Los mensajes que de las filas del ejército se mandaban al Parlamento estaban inspirados todavía en un espíritu de fiera independencia. «Como ingleses pedimos, decian gran número de oficiales á cuya cabeza se hallaban Fairfax y Cromwell, el restablecimiento de la paz y de la libertad de los súbditos.... No pedimos ningun cambio en la administracion; no queremos mezclarnos en la constitucion ni en la organizacion de la Iglesia presbiteriana...., pero esperamos que se concederá la tolerancia á todos los ciudadanos pacíficos como aconsejan el bien del Estado y la justicia». «La ciudad de Lóndres, añadan, nada tiene que temer con todas sus riquezas, pues que el pobre y hambriento soldado aprecia menos su paga que otros bienes mas altos.»

Sin embargo, en este escrito no se manifestaban aun del todo las tendencias del ejército. Otras peticiones redactadas al parecer por Ireton, hijo político de Cromwell iban mucho mas allá. Exigían no solo la expulsion del Parlamento de cierto número de miembros indignos, sino que se procediera á nuevas elecciones; que ningun Parlamento pudiese declararse en permanencia y que se procediera á una modificacion del sistema electoral que consideraban muy incompleto. Se presentaron varias proposiciones en sentido democrático para remediar las muchas desigualdades de la representacion, diciendo que la situacion de entonces era una tiranía y se consideraba al pueblo como vasallo. Finalmente, se citaban por sus nombres once miembros de la Cámara baja á los que el ejército acusaba de perturbadores de la paz y pedia su prévia separacion del Parlamento. Eran estos los jefes del partido presbiteriano, como Holles, Stapleton, Massey, Glynne; principalmente Deuzil Holles había excitado la ira de los oficiales y soldados. Desde su juventud había formado en las filas de la oposicion y durante el largo Parlamento había pertenecido al partido de John Pym. No modificó su modo de pensar ni siquiera la ejecucion de su cuñado Strafford y había mandado un regimiento durante la guerra civil. Cuando en el puritanismo se formaron dos partidos, púsose al frente del presbiteriano, vió solo su salvacion en un convenio con el rey, y dedicó todo su odio al ejército de los independientes, acusándosele de ser el autor de todas las denuncias que habían herido la susceptibilidad del poder militar.

Se había, pues, llegado al caso de que el ejército se levantara contra el Parlamento, la criatura contra su creador, buscando el medio de atacar la constitucion de la Cámara baja aunque fuera infringiendo las leyes fundamentales del país. El sentimiento de dignidad de la mayoría presbiteriana se sublevó contra tal exigencia, y la burguesía de Lóndres parecía dispuesta á defender á los amenazados. El Parlamento repitió pues su orden de que el ejército permaneciese á una distancia determinada de la capital; pero Fairfax no se presentó menos tenaz y entregó al Parlamento una nueva petición mucho mas enérgica que hizo perder el valor á los presbiterianos. Los once miembros de la Cámara baja acusados en la petición, se ofrecieron voluntariamente el 26 de junio, á dejar de asistir á las sesiones. Aceptóse su oferta; se les dió ocasion de presentar su defensa contra las acusaciones que se les habían dirigido, y despues se les concedió licencia por seis meses. Se prometió conceder á los soldados gran número de sus peticiones y se les tranquilizó respecto de sus pagas. Se abandonó el proyecto de llevar al rey á Richmond para establecer negociaciones con él, y se le prohibió que se acercase á Lóndres á menos distancia de la que se hallaba el cuartel general; Fairfax en cambio hizo retroceder algo sus tropas y nombró algunos comisarios que

debían entenderse con miembros del Parlamento. Todo parecía indicar que se iba á llegar á un acuerdo entre el ejército y el Parlamento, cuando el intempestivo celo de la City dió lugar á un rompimiento público.

Los ciudadanos de Lóndres no quisieron consentir que el ejército de los independientes llevara la victoria; los pastores presbiterianos les excitaban á la resistencia, y personas que habían pertenecido al ejército realista hacían lo posible para alejarlos mas aun. Pasquines y peticiones exigían el regreso del rey, y reuniones tumultuosas protestaban contra la conducta de los soldados. El municipio pedia que se pagaran y disolvieran las tropas y se hiciera regresar al rey «según el Covenant.» Los jóvenes y aprendices de la City pedían lo mismo, aunque con palabras mas fuertes y añadan que el Parlamento debía declararse opuesto á la tolerancia y cerrar todos los conventículos. Cada día se reunía la multitud ante Westminster para expresar su ira por la condescendencia de ambas Cámaras.

Cuando el Parlamento en 23 de julio dió de nuevo á la milicia ciudadana la libertad de escoger sus jefes, la excitacion llegó al colmo. Se hizo una alianza entre los burgueses, las milicias de la ciudad, aprendices y marineros, en la que miles de personas se prometieron solemnemente influir por todos los medios para que regresara el rey y se aceptasen sus condiciones, y se entregó al Parlamento una petición acompañada de una copia del acta del juramento. Los Lores y los Comunes declararon que la propagacion de aquella acta que tendía á renovar la guerra civil sería considerada como crimen de alta traicion.

Inmediatamente se desató una tempestad contra el Parlamento. El día 26 de julio el tumulto se presentó en las puertas mismas del edificio donde se verificaban las sesiones. Varias peticiones del Lord corregidor, de los aldermen, del consejo municipal, de ciudadanos y aprendices exigían la revocacion de los últimos acuerdos sobre la milicia, el juramento de alianza y la exclusion de los once miembros. Hombres de las clases bajas corrieron por las anteceras impidiendo toda deliberacion con sus gritos, insultaron á algunos Lores, exigieron del presidente de la Cámara de los Comunes que quería levantar la sesion, que volviera á sentarse, y sitiaron las dos Cámaras hasta que concedieron lo principal de lo que habían pedido. Al día siguiente se reunieron de nuevo las dos Cámaras, pero solo para prorogar sus sesiones hasta el 30 de julio.

Al abrirse de nuevo las sesiones en dicho día había muy pocos miembros en los bancos: faltaban los dos presidentes que juntos con algunos miembros habían ido al campamento. El ejército se encargó de restablecerlos en sus puestos; no se dejó intimidar Fairfax por ninguna prohibicion, y pasó una brillante revista á sus tropas en el bosque de Hounslow. Al pasar por frente de los soldados le acompañaron varios de los miembros del Parlamento siendo saludados con los vivas de las tropas.

En Lóndres se pensó seriamente al principio en oponer la fuerza á la fuerza; el Parlamento mutilado nombró nuevos presidentes; los once miembros fueron llamados de nuevo á tomar parte en las sesiones; se estableció una guardia de seguridad y se invitó al rey á que regresara á Lóndres. La City tomó medidas de defensa y se dió el mando de las fuerzas de la ciudad á los generales Massey y Willian Waller. Se pusieron cañones en las murallas y se reunieron las milicias de la ciudad con los aprendices y soldados que habían sido de Carlos I. Sin embargo, no podían hacerse ilusiones sobre la poca importancia de tales medios de defensa, y el pueblo pasaba de un extremo á otro con la mayor facilidad. Si oía decir por ejemplo que Fairfax había suspendido su marcha,

gritaba entonces el pueblo en Guidhall y en sus alrededores: « todos á una, todos á una », pero si se sabía que avanzaba gritaba: « á negociar, á negociar. »

Los habitantes de Southwark se negaron resueltamente á oponer resistencia, y como los jefes de la City les amenazasen, pidieron auxilio á Fairfax, el cual dió orden á una brigada de que fuese á proteger el arrabal, mientras él por el Oeste se dirigía hácia Lóndres. Entonces el municipio tomó la resolución de abrir voluntariamente las puertas de la ciudad, y el día 3 de agosto se presentó una comision en el cuartel general para hacer presente la rendicion. Al día siguiente entraron las tropas en Southwark y el día 6 de agosto el ejército, llevando en medio á los diputados fugitivos, se dirigió por Kensington hácia Hyde-Park, en donde los esperaba el Lord corregidor y los aldermen. En Charing-Cross les esperaba el municipio y el Parlamento tomó consigo los miembros que regresaban. Fairfax recibió las gracias por boca del presidente y fué nombrado constable de la Torre, teniendo el valor de excusarse de los honores que querian prodigarle. Tambien los oficiales y los soldados fueron recibidos con muestras relevantes de favor.

Los regimientos marcharon por algunas calles de la ciudad, llevando coronas de triunfo en los sombreros y sin que se permitieran el menor desman, y fueron despues acuartelados en los alrededores.

Todos los actos del Parlamento durante la ausencia del presidente fueron declarados nulos, se persiguió á los que habian tomado parte en los últimos desórdenes y se reorganizó la milicia de la ciudad.

El partido independiente se habia hecho dueño de sus adversarios sin necesidad de lucha; en la Cámara de los Comunes habia separado á la mayoría de los presbiterianos, y en la de los Lores, que apenas contaba una docena de miembros, no podian apoyarse los presbiterianos.

CAPITULO V

DESTRONAMIENTO DEL REY

Despues de su último triunfo los independientes, es decir, los jefes del ejército, pudieron imponerse al rey de un modo mas decisivo que hasta entonces. No impidieron sin embargo que las dos Cámaras presentasen nuevamente á la aceptación del rey las diez y nueve proposiciones de Newcastle, porque de ella dependia el acuerdo con los escoceses, pero confiaban alcanzar el logro de sus fines por medio de las negociaciones entabladas separadamente en el cuartel general desde algunas semanas.

El rey Carlos se hallaba bastante á su gusto entre los soldados, pues se le habia permitido visitar algunos de los castillos situados cerca del campamento, se le dejaba estar en relaciones con sus partidarios y tener cerca de sí á sus capellanes y á sus hijos mas jóvenes. Por su parte los oficiales le trataban con gran consideracion, y Fairfax, Cromwell, Ireton y varios otros compañeros de armas trataban de entenderse con él acerca de un programa, en el cual ante todo se exigian garantías suficientes de mantener la tolerancia religiosa, exceptuando solo de ellas á los católicos. En verdad pedian con los presbiterianos que cesara el poder jurisdiccional de los obispos y que el Estado no pudiese obligar á que se empleara el libro de rezos hasta entonces usado con sus prescripciones rituales; pero se oponian á los preceptos del Covenant y querian que, fuera cual fuese la constitucion de la Iglesia nacional, se respetase la libertad de creencias de las distintas comuniones protestantes y se permitiese la formacion de comunidades libres. Pedian además una modificacion del sistema electoral; renovacion del Parlamento en épocas

fijas; que se ampliases los derechos de los ciudadanos y que se les abandonase por quince años la direccion de la milicia y la provision de los altos empleos del Estado. En esta forma se presentaron al rey y al Parlamento « las proposiciones del ejército » referentes solo á Inglaterra.

Esto sucedia en la época en que la City se habia sublevado y en que la lucha entre el ejército y el Parlamento habia tomado un carácter amenazador. Carlos confiaba en que podría aprovecharse del movimiento de la burguesía y habia rechazado las proposiciones del ejército. Los oficiales no disimularon su descontento: « Señor, le dijo Ireton, vos queris ser árbitro entre nosotros y el Parlamento, pero nosotros queremos ser árbitros entre el Parlamento y vos. » El triunfo del ejército arrebató al rey la esperanza que habia alimentado y entonces trató de utilizar las proposiciones del ejército, y en su contestacion á la mocion del Parlamento se refirió á dichas proposiciones, diciendo que encontraba en ellas « mejor fundamento para establecer una paz duradera. » Creia aun poder jugar con todos los partidos y engañarlos á todos hasta cierto punto, pues hallándose entonces en el castillo de Hampton-Court, que se le habia señalado como residencia, rodeado de sus mas fieles servidores, visitado por sus mas decididos defensores y vigilado por solo un escudron de caballería, se creia ser aun bastante rey para poder continuar usando su antigua manera de tratar con los hombres. En el cuartel general de Putney, á mitad de camino entre Hampton-Court y Lóndres, se sabia de sobra lo que podia esperarse del rey, pero los oficiales continuaban todavia las negociaciones con Carlos. Fairfax estaba dispuesto á conceder el restablecimiento del episcopado en sus derechos, « segun las antiguas costumbres, leyes y estatutos, con tal que se asegurara la libertad de conciencia, » de modo que nadie pudiese molestar á otro respecto de sus creencias.

Cromwell por su parte trataba de conseguir su objeto por otro camino y persuadió al Parlamento de que hiciera nuevas proposiciones de paz, ya que el rey habia rechazado las diez y nueve anteriores. Las nuevas condiciones no eran mucho mas suaves para el rey que las otras, pero se diferenciaban de ellas en un punto muy importante, y era en que indicaban que la constitucion presbiteriana debia ser garantida solo hasta la conclusion de la próxima legislatura del Parlamento, concediéndose libertad de cultos para los no conformistas, pero exceptuando de ella á los que seguian religiones anticristianas y á los católicos, exigiendo el uso del libro de preces comunes, é imponiendo á todo inglés la obligacion de « oír la palabra de Dios », fuera donde fuese, en los dias festivos. Esta era una pobre concesion, insuficiente para restablecer la concordia entre presbiterianos é independientes.

Existia, sin embargo, otro poder que destruyó todo este tejido de negociaciones públicas y secretas, y que, sin guardar atenciones á la una ni á la otra parte, queria introducir modificaciones radicales, y era la masa de los soldados que habia encontrado representantes decididos en los *agitadores* elegidos. La desconfianza empezó á introducirse en los regimientos; los soldados sospechaban de sus jefes por verles en buenas relaciones con el rey, á quien se habia hecho la guerra, y con los caballeros á quienes se habia odiado como hijos de las tinieblas. Casi todos los generales y coroneles, con raras excepciones, parecian haberse convertido en diplomáticos y cortesanos, y se murmuraba en los cuarteles que habian sido vendidos por oro y honores los intereses del ejército. A Cromwell, contra quien se dirigian las mas amargas reconvenciones, le acusaron de ser un cobarde renegado. Cierta John Wildman, hombre de educacion literaria que le debia muchos favores, declamaba contra él en las reuniones

de los agitadores. Lilburne ya en el mes de agosto habia escrito desde la prision un folleto contra el general, acusándole de haber obtenido los mejores empleos para él y sus partidarios, y terminaba su folleto con estas palabras amenazadoras: « si no haces caso de mis palabras, emplearé todos los medios para destruir tu felicidad. » Lo que querian los soldados era que cesasen por completo las negociaciones con el « mayor asesino de Inglaterra; » la monarquia les parecia un gran mal y llamaban á la Cámara de los Lores una « reunion de polichinelas pintados. » En octubre y noviembre hicieron redactar varios regimientos, entre ellos los de Cromwell é Ireton, dos escritos en los que exponian su voluntad y se obligaban á no separarse hasta que se hubiesen asegurado los derechos de la nacion y del ejército. Entre estos derechos ponian la disolucion del Parlamento existente, eleccion de una Cámara de representantes única por un sistema electoral mejorado, y cuya duracion fuera de dos años, entrega de la alta administracion del Estado á dicha asamblea, libertad de cultos y de conciencia, obligacion para el Estado de cuidar de la instruccion del pueblo, abolicion de los diezmos, codificacion del derecho inglés y modificacion de ciertas leyes comerciales que ocasionaban grandes perjuicios á la nacion.

Como se ve, pues, del ejército salió la primera idea de un cambio completo de las antiguas instituciones. La república debia ocupar el lugar de la monarquia, y la separacion de la Iglesia y del Estado debia sustituir á una Iglesia oficial. Las exigencias de los regimientos se pusieron en conocimiento, del consejo de oficiales que representaba la Cámara alta del ejército; algunos de ellos, como Rainsborough, Ewer, Scott y otros, se pusieron al lado de los agitadores, y se entablaron serios debates entre los oficiales y los agitadores sobre si debia ó no conservarse la monarquia. Cromwell, Ireton y sus compañeros comprendieron la situacion de las cosas. Los soldados desconfiaban de ellos, y ellos por su parte no solo no estaban seguros del rey, si que creian que Carlos solo trataba de perderlos ó de renovar la guerra civil. Tenia este frecuentes tratos con los comisarios escoceses que no cesaban de vomitar injurias é invectivas contra el « ejército herético y enemigo del rey, » y tenia grandes esperanzas en la energia del marqués de Ormond, que al entregar á Dublin al ejército parlamentario habia ido á poner su espada á su disposicion. Las consecuencias fueron que los oficiales se separaron del monarca y sus consejeros recibieron orden de alejarse, corriendo rumores de que se trataba de atentar á la vida del rey.

La excitacion era tan grande en los regimientos que bien podia temerse se llegara á un sangriento conflicto, y quizá esto mismo temieron Cromwell é Ireton, y les hizo desear que el rey se alejase de Hampton-Court. El caso fué que en la noche del 11 de noviembre halló ocasion Carlos de huir por el jardin del castillo, acompañado de dos de sus servidores, encontrando caballos preparados en las cercanías, y como la noche era oscura y tempestuosa, fácilmente perdieron la pista sus perseguidores. Durante algunos dias se ignoró el paradero del rey, pero el día 15 se recibió una carta del coronel Hammond, gobernador de la isla Wight, dirigida al Parlamento, en la que participaba que el rey estaba en la isla. Hammond, sobrino del capellan favorito de Carlos I, habia temblado ante la idea de la gran responsabilidad que caia sobre él por aquella inesperada visita; pero despues se decidió á llevar al rey, con toda clase de consideraciones, al castillo de Carisbrook, y pidió instrucciones. El Parlamento le mandó que velase por el rey con el mayor cuidado y aumentó la guarnicion de la isla.

El mismo día en que se supo el punto donde se habia re-

fugiado el rey, consiguieron Fairfax y Cromwell dominar el espíritu de insubordinacion de los soldados, llegándose al mismo tiempo á un acuerdo entre los oficiales y los agitadores, sobre ciertas proposiciones que habian sido presentadas al Parlamento en nombre del ejército. Pero á pesar de ello, no habia cesado la agitacion de las tropas; así fué que se tuvo por peligroso el reunir las para una asamblea general y se determinó que su concentracion se verificaria en tres puntos distintos. El día 15 de noviembre se reunieron siete regimientos á las órdenes de Fairfax en las cercanías de Ware, leyéndoles el general una arenga en la que les prometia defender los derechos de los soldados y trabajar para que se reuniera una nueva Cámara de representantes del pueblo, reformada; pero al mismo tiempo les dirigió amargas quejas por las faltas cometidas contra la disciplina y exigió que se le dieran pruebas de adhesion. Sus tropas así lo hicieron sin vacilar. Pero habia dos regimientos que se habian presentado sin que nadie les invitara á ello, y eran el de caballería de Harrison y el de infantería de Lilburne, el cual hacia poco habia salido de la Torre, y estos regimientos parecian oponerse al acuerdo de los demás. Los soldados llevaban en el sombrero la peticion que habian dirigido al Parlamento y en su parte exterior habian puesto las palabras: « la libertad de Inglaterra y los derechos de los soldados. » Cuando Fairfax al frente de su estado mayor pasó por delante de dichos regimientos y exigió que se destruyese aquel emblema de la rebelion, el regimiento de Harrison se sometió, pero no así el de Lilburne, que habia expulsado á casi todos sus oficiales. Entonces se adelantó Cromwell, hizo prender á los directores del complot, sometió á tres de ellos al consejo de guerra é hizo fusilar á uno, á quien tocó por suerte.

Este vigoroso ejemplo dió sus frutos, restableciéndose el orden en el ejército y volviendo los soldados á poner su confianza en sus jefes, quienes se mostraron muy conciliadores y quitaron á las tropas el temor de que se hiciese un convenio con el rey sin contar con ellas.

Así fué que al presentarse en el cuartel general un embajador del rey, los oficiales se negaron á entenderse con él, y Cromwell le hizo decir que por mas dispuesto que estuviera á servir al rey, no queria perderse por su causa.

El Parlamento por su parte tampoco se mostraba dispuesto á ceder, negándose mas que nunca á permitir que el rey fuera á Lóndres. A mediados de diciembre adoptó cuatro bills que Carlos debia aceptar en el término de diez dias antes de pasar mas adelante en las negociaciones. En estos bills se exigia: el mando de la milicia por el espacio de veinte años; que el rey diese su aprobacion á todas las medidas que el Parlamento habia adoptado durante la guerra; que se anularan los nombramientos de pares dados por el rey desde que abandonó la capital; la intervencion del Parlamento en el nombramiento de nuevos pares, y finalmente el derecho para ambas Cámaras de suspender sus sesiones cómo y cuándo les conviniese. Estas condiciones preliminares y las demás proposiciones del Parlamento hechas de acuerdo con el ejército, fueron llevadas á la isla de Wight por comisionados de los Lores y de los Comunes.

Nadie se mostró tan irritado contra estas proposiciones como los comisionados escoceses, que se hallaban aun en Lóndres y que durante mucho tiempo habian trabajado en vano para que se hiciese un convenio de paz segun sus ideas. Carlos era asimismo su rey, y en nombre de su nacion rechazaban las condiciones que querian imponerle, criticando el que ya no se hablase de la constitucion de la Iglesia presbiteriana y del cumplimiento del Covenant y en cambio se abriesen las puertas á la « vergonzosa tolerancia de todas